



"El reportero", de Michelangelo Antonioni.

que, como ocurre en este caso, ese estado de ánimo quiera venir "justificado" por razones teóricas; es necesario exigir entonces que esas razones teóricas, tan generales como las que Antonioni plantea, tengan una base mínima. De lo contrario, el desinterés del espectador (al menos el que yo siento ante la película), cuando no la irritación ante su pretenciosidad, es inevitable.

A señalar, como parece obligado ante "El reportero", el brillante plano final, de unos diez minutos de duración, que, para muchos, justifica la película "porque le da todo su sentido", y para otros supone sólo un esfuerzo admirable que no basta, en cambio, para suplir la vacuidad de las dos horas anteriores de proyección. ■ DIEGO GALAN.

Una actriz admirable: Marilina Ross

Las películas importan a la crítica sólo en cuanto conjunto completo como unidad, y no desglosadas en sus diversos aspectos técnicos. Cuando éstos se citan (guiones, fotografía, actores...), suele ser para señalar lo negativo que tienen en cada caso, en cuanto dificultan o entorpecen el valor de la obra como conjunto. Sin embargo, y al margen de lo que pueda tener en

ocasiones de injusto este planteamiento (hay guiones estropeados por la realización, fotografías más explícitas que la "puesta en escena", etcétera), hay películas cuyo interés se encuentra precisamente, en alguno de esos aspectos. Es el caso de "La Raulito", de Lautaro Murúa, bienintencionada crónica de la vida de un personaje marginado que, dentro de su excepcionalidad (una chica que quiere vivir como un varón porque entiende que sólo así puede realizarse), trata de ahondar en un planteamiento social y, más a la larga, político. A Murúa le ocurre, sin embargo, lo que parece

normal en muchos cineastas argentinos: encauzados por la vía del melodrama, llevan éste a extremos folletinescos, donde se pierde el sentido de su obra para recrearse exclusivamente en los planteamientos más banalmente sentimentales (y, por lo tanto, falsos). Una cosa es utilizar el sentimiento como vía de acceso al conocimiento, y otra considerar que los estímulos lacrimógenos profundizan en ese conocimiento. A Murúa se le escapa en esa búsqueda lo que podía haber importado más de su película: el análisis de "La Raulito" como un "caso" sintomático de una situación más amplia.

Película, de cualquier forma, defendible y absolutamente recomendable, en cuanto en ella aparece una actriz espléndida, Marilina Ross, a quien ya viéramos en un más breve papel en "La tregua", de Renán, y hace ya bastante más tiempo en una fugaz aparición en "La boutique", de Berlanga. La creación que la Ross hace de su particular personaje no suele tener paralelos en el cine que vemos a diario, o si lo tiene, suele estar destrozado por ese invento pérfido del doblaje. Aquí, Lautaro Murúa ha entendido que su actriz era el elemento dramático más importante que tenía entre manos, y la ha dejado campar a lo largo de la película, siguiéndola con la atención humilde de quien admira un trabajo fundamental. Y Marilina Ross, compo-

niendo "stanislawskianamente" los derroteros de su personaje, añadiéndole cosechas propias, logra un resultado de una verosimilitud sorprendente. Basta citar el largo plano de diez minutos en el que, cámara en primer plano, "La Raulito" cuenta al juez su vida. Quizá ese momento sea suficiente para empezar a entender la calidad de esta actriz, pero mucho más el tipo de trabajo que las nuestras —que nuestro cine, en definitiva— podrían empezar a plantearse. No es posible hacer buenos trabajos con historias estúpidas, por supuesto; pero no hay que dejar tampoco de conocer a Marilina Ross por si ello conduce a una reflexión propia. ■ D. G.

Fulgurante regreso de Mae West

Si la publicidad cinematográfica en España supiera qué son las películas que tiene entre manos, hubiera explicado que "Myra Breckinridge" es una obra indispensable para los mitómanos, los entendidos, los amantes de Mae West y los que quieran ejercitarse en el deporte de identificar fragmentos de películas. Cualquier cosa menos hacer aparecer esta "Myra Breckinridge" como una película "escandalosa". Ciertamente lo fue la novela de Gore Vidal en la que se basa; cierto también que en 1970 (fecha de realización de la película) algunos aspectos de la historia que se narra (el cambio de sexo de un varón "que quiere realizar sus sueños femeninos") levantaron una sabrosa polémica por parte de algunos identificados con la historia. Pero seis años después, "Myra Breckinridge" no pasa de ser un film divertido que, para iniciados y no iniciados, devuelve, entre otras cosas, el sabor nostálgico de Mae West, la mujer que levantara polvaredas con sus películas hasta el punto de verse obligada a retirarse del cine en 1937, siendo ésta su única aparición cinematográfica desde entonces. El humor "escandaloso" de la West no lo es ya tanto, aunque, por supuesto, no haya tenido en el campo de los mitos



"La Raulito", de Lautaro Murúa.